

teriosas de las tumbas; cuya siniestra mirada relampaguea como la guadaña fría del exterminio.

¡Paso, paso al verdugo!

Los buitres rapaces caracolean a su alrededor, como alla en las desoladas llanuras africanas revolotean al rededor de la pante-ra sangrienta, en espera de los despojos de la víctima.

Célebre artista de la Parca inexorable en las danzas de los Macabros terroríferos, infundes la supremacía de tu vigor al tornillo homicida y abates con esmerada destreza el alto roble coronado, al par que el musgo endeble que vegeta a la sombra de una mazmorra desde el águila altanera que alcanza las regiones más elevadas del crimen, hasta la parda golondrina víctima de un error judicial; desde la fiera indómita que huella las tostadas arenas del anarquismo, hasta la tímida cervatilla cómplice de un tirano amor; desde el reptil del asesino impenitente, hasta el déleznable insecto de la ignorancia.

La algazara patética de la gaviota carnívora que en medio del furor de las tempestades grazna sobre el naufrago moribundo, imita artísticamente el chillido de las cariatidas destróadas por tu máquina infernal, y el terrible alud que se derrumba y arrastra, destruye y anohada, es el célebre precursor de tus glorias, el filantrópico pregonero de tus triunfos.

El arpa de Nerón, que festeja desde las almenas de Roma la destrucción y el escarnio; el buho de las calaveras y el choque de los huesos comprimidos con esmerada hazaña, son los arpegios armoniosos de tu música predilecta. Tus pensiles las crisantemas del sepulcro.

Firme, inflexible, de temores falto, nunca tu pecho amedrentado late, pero siempre alívio resplandeciente con la luz del osario en los oscuros celajes de tu excelsa trono, cuyo pabellón es la azulada bóveda del espacio.

Eres la historia de la epopeya y la elegía de la historia, porque resúmenes en tu golpe fatídico: épocas, tragedias, errores, culpas y martirios. Los reyes más potentes y las emperatrices más orgullosas, temblaron al contacto de tus manos ensangrentadas y la diabólica carcajada de Crówell es tu laurel predilecto.

El siglo de las luces y del humanismo aún te necesita; la acusación te invoca, el cólico te aclama y la patria paga religiosamente tu sueldo. Eres el coloso del miedo, el alfa y el omega de la venganza social. Pero la aurora fresca y rosea de la generación que crece al dulce efluvio de la civilización, ofusca tu luz mortuoria, y el genio del inmortal criminalista Cesar Becaria, derrumbará su pedestal de arena y grabará sobre tu losa funeraria en caracteres de fuego el santo lema de la caridad, así resuelve la ley niveladora del progreso el más difícil problema de la humanidad.

Mientras continúa tu ruta ya que la ironía del tiempo te llama justiciero... Adelante, augalana tu altar nefasto con los ropajes lúgubres de tu fatal argolla... En donde, en donde están los trajes de la fiesta?... ¡La hoga, el frac!... Venga el martillo, vengan los clavos y el rápido tornillo... Nada, nada falte para la danza fúnebre de los manes, sobre el palco escénico de tu fatal tragedia.

¡Cuántas son las víctimas? Dos... dos condenados a muerte... y otra... otra condenada a la infamia de ser llamada despues la pobre hija del ajusticiado...

Adelante, adelante, verdugo: coronate de rosas y derrama crisantemas y amarantos sobre el voráz ataud que espera...

¡Más nó!... Detente en tu siniestro apresto. ¡No oyes ese patético murmullo que del seno de esta perla del Andarax se levanta y

que parece asemejarse al imponente y misterioso quejido de los vientos, antes de estallar les tempestades?

¡Es la poesía de la caridad!

¿No oyes crujir la prensa bajo el impulso celestial del corazón de un pueblo y amontonar las súplicas desgarradoras, y entusiasmada al lugubre canto del dolor nuestra hermosa provincia, invocar de la soberana clemencia, el perdón?...

¡Es la poesía de la caridad!

¡Caridad! Cuán dulce es tu nombre y con cuanta majestad te ostentas en lo creado, arrebataadora y poética como el Orión más puro. Tu guirnalda es una guirnalda de lirios y tu empujas la tierra a las leyendas del cielo?...

Y vos, augusta soberana, bella flor crecida bajo el rocío del límpido cielo de Hungría, perdonad si en medio de su poético idealismo, desgarrado por las zarzas del más profundo dolor mi lira tristísima preludia ante vuestra majestad su nota lastimera... Perdonad si en alas de la caridad osa llegar hasta el cielo de vuestra espléndida grandeza...

... Cuando en la hora tranquila de la tarde sobre la mística arboleda de vuestros jardines sus rayos melancólicos como un beso de adiós arroja el día, vos, augusta señora, buscando templar las agitaciones del trono con el refrigerio de una atmósfera solitaria, vagais con vuestro espíritu candoroso en los dulces efluvios de la meditación... Entonces en el laud de las aves, en el céfiro sutil que besa las trenzas coronadas de vuestra dorada cabellera; en el derroche perfumado de las flores y en el gemido del cisne que levanta copos de rizada espuma en la ola cristalina del parque; en el tañido lento, lento del sagrado bronce vespertino goireis, noble dama, la dulce trova del perdón?...

Cuando reclinada en el silencio devoto de la real capilla, con el alma candorosa, vagante, entré los diáfanos colores de la esperanza y de la fé oigais en estas noches heladas del invierno huracanado el viento repercutir los nítidos cristales de vuestro alcázar marmóreo, pensad, señora, que aquí, en el alma de un pueblo fermenta el huracán del dolor, de la congoja y de la pena extremada de miles corazones que sudan sangre como el mártir del Gethsemani, aclamando el perdón: «*transeat a me calix iste*». Pensad en la noble provincia de Almería que invoca piedad contra el ara nefasta del cadalso... goireis, señora, la dulce trova del perdón?...

¿Veis? Desde el límpido cielo español la casta Diana os envía tierno, poético destello... Desde muy lejos llega su mística luz... Hace 20 siglos alumbraba fantásticamente sobre la árida cumbre del calvario el inmortal madero de Jesús... En este momento argentea con ráfaga esplendorosa vuestro augusto dosel... y el humilde ramillete de olive que vos misma, soberana piadosa, en la lista de las palmas habeis colocado sobre el lecho real de vuestro hijo, cual ángel de la guardia custodiando la ingenuidad de sus sueños infantiles... ¡Cómo vislumbra el trono, cómo extasia el fulgor del olivo! Aquella es la majestad de la tierra... esta es la majestad del cielo; aquel deslumbra la vista, este deslumbra el corazón... Los hombres levantan y derrumban a aquel... a este Dios lo ha criado para sí y lo riega desde el paraíso aquella santa madre de Nazaret que perdonaba a los crucificadores del hijo de sus entrañas...

Adelante, adelante, verdugo, en tu filantrópico apresto; coronate de rosas y derrama crisantemas y amarantos sobre el voráz ataud que espera... ¡Detente!...

Una lágrima piadosa brilla en sus ojos fúlgida perla de su noble corazón... Su destello es el fulgor del astro de Betlem...

María Cristina llora a la vista del olivo bendecido... ¡Ah!... Los reyes cuando lloran perdonan... Noble, señora, escuchais la dulce trova del perdón? Desdichados reos de Velez-Rubio... la reina llora... estais indulgados...

Profr. ANTONIO BROCCA

En el periódico político de Madrid *El Correo*, del 29 de Diciembre último, encontramos una interesante carta de su corresponsal, en esta villa, que transcribimos a continuación.

El haber llegado tarde a nuestro poder y la falta absoluta de espacio, nos impide comentarla.

Hoy nos concretamos a reproducirla, para que la *saboreen* nuestros abonados; pero en otros números de LA OPINIÓN tal vez sean materia de algunos artículos las importantes cuestiones en que se ocupa el corresponsal del ilustrado diario madrileño.

Dice así:

¡LA TRÉGUA POLÍTICA!

Velez-Rubio 25 de Diciembre de 1895.

Sr. Director de *El Correo*.

Muy Sr. mío y amigo: Es esta una de las comarcas de la Península donde más se deja sentir la pernicioso influencia del caciquismo y donde menos se repara en los procedimientos para poner en condiciones de recoger algunas actas a los que se dice que van a ser candidatos oficiales.

Y las circunstancias no pueden ser más a propósito para atizar en los pueblos los enconos políticos. ¡Está tan despejado el horizonte, que bien puede el gobierno entregarse a la *nobilísima* labor que estamos presenciando en este pueblo hace días, y que, a juzgar por lo que leo en *El Correo*, se extiende como mancha de aceite por toda la Península!

Ya tenemos aquí un delegado, al cual recibieron con aplauso 15 ó 20 republicanos, al verle aparecer armado de la espada de la justicia para *destruir* este Municipio.

Y a propósito de la justicia: ¿por qué no se encarga ésta de averiguar qué se ha hecho de los fondos del colegio de San José de esta villa? Asunto es esto de inmensa gravedad que examinaron en el Congreso, aunque no con la extensión y profundidad debidas, los diputados Sres. Laserna y Llorens, y como entiendo yo que por tratarse de instituciones benéficas está obligado el ministerio de la Gobernación a velar por ellas, parece que no haria nada de más el Sr. Cos-Gayón con averiguar lo que hay en el fondo de todo esto.

Cierto que entienden en ello los tribunales de justicia; pero no estaría de más que la administración prestara su concurso para el más pronto esclarecimiento de los hechos. Para esto se necesita la intervención de persona imparcial y de innegable competencia.